

Libros y lectores. Circulación y consumo de la literatura del Renacimiento europeo en el virreinato peruano, siglos XVI y XVII

Readers and books. Circulation and readership of Europe's renaissance literature on the Peruvian Viceroyalty, on the 16th and 17th centuries

PEDRO MANUEL GUIBOVICH PÉREZ

(Perú)

Pontificia Universidad Católica del Perú

pguibovich@pucp.edu.pe

Resumen: La circulación y consumo de la literatura del Renacimiento europeo en el virreinato peruano en los siglos XVI y XVII es el tema de mi ensayo. Propone el contexto histórico que hizo posible la constitución de un público lector en la segunda mitad del siglo XVI y la recepción de la literatura renacentista entre los miembros de la Academia Antártica.

Palabras clave: Literatura colonial, Renacimiento italiano, Perú colonial, Público lector, Academia Antártica

Abstract: This essay deals with the circulation and readership of Renaissance European Literature in the Peruvian Viceroyalty during the XVIth and XVIIth centuries. It proposes the historical framework and context in which a cultivated readership developed. It argues that this cultural phenomenon began in the second half of the sixteenth century, evident in the reception of such literary works by the members of the so called "Academia Antártica" in Lima.

Keywords: Colonial Literature, Italian Renaissance, Colonial Peru, Readership, Antarctic Academy



El libro ha tenido un rol protagónico desde la temprana colonización europea de los Andes. En los primeros días de noviembre de 1532, después de una larga marcha desde la costa, Francisco Pizarro y sus soldados llegaron al valle de Cajamarca. El viaje había sido largo y penoso por las dificultades de la geografía, la poca familiaridad de los soldados a la altura de las montañas y el temor a un ataque de los indígenas. La marcha de Pizarro y sus soldados tenía un claro objetivo: capturar al inca Atahualpa, quien estaba en Cajamarca. Pizarro invitó al inca a una entrevista en la población. Atahualpa acudió sin sospechar que se trataba de una emboscada. La tarde del 16 de noviembre, el inca ingresó a la plaza de Cajamarca y, de acuerdo al testimonio de algunos testigos, al encontrarla vacía, se sorprendió. Entonces le habría preguntado a uno de sus soldados acerca de los españoles y aquél le respondió que se hallaban escondidos de miedo. No pasó mucho tiempo hasta que de uno de los edificios que circundaban la plaza, apareció el dominico Vicente Valverde acompañado de uno o dos traductores indígenas. La misión de Valverde era leer al inca el requerimiento, un texto legal mediante el cual se le demandaba su sometimiento pacífico al rey de España. En caso de no aceptarlo, se procedería a actuar de manera violenta. Valverde pronunció su discurso lleno de referencias teológicas y jurídicas, ininteligibles para el soberano nativo, cosa que sin duda lo impacientó. Según el cronista Pedro Pizarro, testigo presencial de los hechos, el Inca pidió a Valverde el libro que llevaba en la mano para examinarlo. Alguna discusión ha habido para determinar qué libro portaba Valverde aquella trágica tarde. Según unos, se trataba de un breviario; y, para otros, de la *Suma*, del dominico cardenal Tomasso de Vio Gaetani. Lo que está fuera de discusión es que se trataba de un libro. Valverde le dio el libro cerrado a Atahualpa y este como “no supo abrillo, arroxóle en el suelo”, escribió Pizarro (1978: 38). Acto seguido, el Inca empezó a vociferar contra la presencia europea en sus dominios. Valverde abandonó presurosamente la escena para dar paso al ataque de Pizarro.

En los años que siguieron a los sucesos de Cajamarca, el libro dejará progresivamente de ser un objeto desconocido para la élite indígena, y pasará además a convertirse en una herramienta de consulta y estudio para los grupos peninsular y criollo en el virreinato peruano. Pero este proceso tomará varias décadas. Contrariamente a lo sucedido en México, en el virreinato peruano el desarrollo de un mercado del libro en el siglo XVI es tardío. Antes de la década de 1580, las

bibliotecas privadas e institucionales eran escasas, y los propietarios y mercaderes de libros, muy pocos.¹ Pero a partir de la década de 1580, la situación se modificó. ¿Cómo se produjo este cambio? ¿Cuáles fueron las circunstancias históricas que lo hicieron posible? En esta presentación argumento que la consolidación institucional de la Iglesia y de un conjunto de instituciones educativas a partir de la década de 1580 fue fundamental en dicho proceso. El cambio cultural operado a partir de esos años resulta esencial de tomar en cuenta para entender uno de los fenómenos culturales más estudiados por los críticos literarios en años recientes: la existencia de un grupo de gentes de letras, autodenominados como la Academia Antártica, que no solo fueron consumidores, sino también productores de libros. Fueron auténticos “passeurs”, esto es, mediadores culturales de la literatura del renacimiento europeo, en general, e italiano. Ellos, gracias a los libros que leyeron y escribieron pusieron a españoles y americanos, habitantes en las tierras de los incas, en contacto con los valores, ideas y principios contenidos en dicha literatura (Gruzinski, 2005: 13-29). Esta es una historia fascinante que requiere al menos una breve explicación para entender mi argumento.

La historia de la Iglesia católica en los Andes centrales ha sido tradicionalmente escrita por miembros del clero, quienes comprensiblemente han dejado un relato apologético de la acción de obispos, frailes, clérigos y monjas en la sociedad colonial. Se trata de un tipo de lectura de los hechos que se remonta a mucho tiempo atrás. A lo largo del siglo XVII, escritores de las grandes órdenes religiosas establecidas en el virreinato peruano debatieron con auténtica pasión acerca de quiénes fueron los primeros en emprender la labor de evangelización de la población nativa. La mayoría de ellos señaló la conquista como el momento inicial del proceso. Nada más alejado de la realidad. La documentación muestra que hasta la década de 1550, la organización eclesíastica era bastante incipiente y que la evangelización de la población nativa no era una prioridad.

Para organizar de modo más eficiente la labor del clero, los obispos convocaron cuatro concilios en Lima entre 1551 y 1591. El más importante fue el realizado

¹ Alejandra Cuya (2018) ha encontrado, a partir de una acuciosa investigación en los registros notariales, que a partir de 1586 es posible documentar con mayor frecuencia las actividades de libreros.

entre 1582 y 1583, ya que legisló sobre las más diversas materias. Una de sus principales preocupaciones fue la formación intelectual del clero. Proveyó por primera vez algunas disposiciones relativas a los libros que debía tener todo cura a cargo de una doctrina (o parroquia rural). Dado que la sede episcopal de Lima tenía rango de arquidiócesis, su jurisdicción se extendía sobre la mayoría de los obispados comprendidos en el virreinato. Así, sus disposiciones se aplicaron progresivamente en todos ellos, en particular las referidas a los libros. El concilio de 1582 recomendó la consulta de los tratados de teología moral y el ejercicio pastoral. Posteriormente, el IV Concilio provincial de Lima, celebrado en 1591, ratificó a los curas la obligatoriedad de poseer los decretos de los concilios anterior y del de Trento. A fines del siglo XVI y principios del XVII se sumó otra lectura obligatoria en las bibliotecas de los curas: el *Catecismo* de Pío V. Más aun, desde 1609, en el arzobispado de Lima, los visitadores debían verificar que los curas rurales tuvieran los textos antes mencionados. De esta manera, la jerarquía eclesiástica alentó la creación de un extenso mercado interno para los libros religiosos producidos en Lima y en los principales centros editoriales de Europa (Guibovich 2010b).

La consolidación del sistema educativo en Lima y otras ciudades del virreinato también favoreció la demanda por libros. La universidad de Lima había sido creada en 1551 y por dos décadas funcionó en el convento de Santo Domingo. Su situación era bastante precaria: impartía cursos de gramática, filosofía y teología, y subsistía gracias a los recursos económicos de la orden dominica. En la década de 1570, el virrey Francisco de Toledo arrebató a los dominicos el gobierno de la universidad, dictó nuevas constituciones para su gobierno y estudios, y la dotó de nuevas rentas. La reforma toledana se tradujo en un aumento del número de cátedras, profesores y alumnos. También en la década de 1570, los jesuitas empezaron a impartir estudios de gramática y filosofía en sus colegios. Y a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, colegios y seminarios para la educación de laicos y futuros eclesiásticos se inauguraron en Lima y otras ciudades (Pérez Puente, 2017: 133-165).

En ese contexto, la demanda de libros aumentó, en particular los dedicados a la enseñanza escolar. En los cursos de latín impartidos en la Universidad en la segunda mitad del siglo XVI se empleaban textos de autores latinos. En San Marcos, el maestro Marcelo Corne impartía dos horas de clases, en una de ellas los

estudiantes leían a Cicerón y en la segunda a Virgilio, y luego se ejercitaban componiendo dos epístolas en latín, que el maestro corregía y devolvía para hacerla leer y entender de mejor manera. Mientras que su colega, el maestro Alonso Pérez Gallo empleaba el tratado de Luis Vives, *Linguae latine exercitatio*, para instruir a los pupilos en la conjugación, declinación y “argumentación del género y partes” (Eguiguren, 1939: 535-538). También los jesuitas hacían un empleo intenso de textos de autores de la antigüedad greco-latina en sus colegios. Para el caso del Perú, no tenemos noticias específicas acerca de qué ediciones usaron de tales autores. A falta de estudios monográficos sobre los planes de estudios de los colegios jesuitas en el mundo colonial, tan solo queda conjeturar que las recomendaciones de la *Ratio Studiorum* fueron cumplidas en el virreinato. Veamos. La edición de la *Ratio Studiorum*, publicada en 1616, establecía que en los niveles avanzados del estudio de la gramática latina y griega, debían servirse en el primer semestre de “las cartas más importantes de Cicerón a sus familiares, a Ático, a su hermano Quinto”; en el segundo “el libro de la Amistad, de la Vejez, las paradojas y otras parecidas”. De los poetas podían leerse “algunas elegías de Ovidio y cartas escogidas y expurgadas”, como también “algunas obras selectas y expurgadas de Cátulo, Tíbulo, Propercio y las Églogas de Virgilio”; o también “algunos libros más fáciles del mismo Virgilio, como el cuarto de las Geórgicas, el quinto y sexto de la Eneida; de los griegos, San Crisóstomo, Esopo, Agapeto y otros semejantes” (Rey Fajardo, 1979: 253).

La existencia de un sector de la población consumidor de libros explica el establecimiento en el virreinato del Perú de la primera compañía mercantil dedicada exclusivamente al comercio de libros: la Sarriá-Méndez, importadores de textos muy diversos europeos (Guibovich, 2010a). Trátese de comerciantes grandes o pequeños, los libros que ellos traficaban eran en su gran mayoría europeos, porque había un público que los demandaba, como lo muestra la escritura suscrita entre el librero Juan Jiménez del Río, residente en Lima, y Francisco de la Hoz, por la cual este último se comprometía a traer de España numerosos libros en latín y castellano, entre ellos los de autores como Cicerón, Ovidio, Virgilio, Pedro Mexía, Mateo María Boyardo y otros (Leonard, 1979: 338-348).

¿Pero qué hubo de la producción local? No es posible esperar que tuviera una gran presencia en el mercado colonial debido a la escasa producción de las imprentas limeñas. El número muy limitado de prensas, las trabas burocráticas, los altos costos

del papel, la mala calidad de la tinta y la escasez de tipos impusieron serias restricciones a la producción de los talleres en Lima. Más aún, las imprentas coloniales, como muchas en la actualidad, se mantenían produciendo no solamente libros, sino hojas volantes, formularios y textos poco extensos.

En las postrimerías del siglo XVI, Lima ofrecía las condiciones propicias para el cultivo del intelecto, así como la promoción y el ascenso sociales. De un lado, contaba con universidad y colegios, tiendas de libros e imprenta; de otro, era sede de los principales poderes civiles y eclesiásticos: Virrey, Audiencia, Cabildo, Tribunal del Consulado, Inquisición... De allí que la ciudad capital se convirtiera en el destino de juristas, teólogos, historiadores, poetas, versificadores, hombres de ciencia, ansiosos tanto de insertarse en las administraciones civil y eclesiástica, como de hacerse de un nombre con el cual figurar en la República de las letras.

Desde el punto de vista de la cultura impresa, Lima era la base de operaciones de los más importantes libreros y comerciantes de libros del virreinato, los cuales contaban con agentes o factores en las más importantes ciudades del interior. Los registros notariales conservados en el Archivo General de la Nación y en otros repositorios documentales peruanos dan cuenta detallada de los envíos periódicos de libros muy diversos desde la capital a lugares tan apartados como Arequipa, Potosí e incluso Santiago de Chile (Guibovich, 1984-1985). Los jesuitas también participaron activamente de la distribución libresco. Desde el Colegio de San Pablo, en Lima, por ejemplo, se remitían lotes de libros a los otros colegios de la orden. En suma, el tráfico libresco monitoreado desde la capital nutría las aficiones literarias de las élites cultas del virreinato.

Una de esas élites cultas fue la Academia Antártica. Se trató de un grupo de personas que, entre 1578 y 1617—recuerda Sonia Rose— se dedicó al ejercicio de las letras (aunque parcialmente) en el virreinato peruano. Sus integrantes tenían intereses comunes y un proyecto común. Estaban relacionados con otros grupos de letrados, con virreyes y altos funcionarios de quienes esperan obtener el mecenazgo. Fue un grupo muy móvil, que circulaba por el virreinato, mantenía contacto con la Nueva España y que siguió funcionando en el ámbito cultural de la Península (Rose, 2002: 127). La Academia Antártica estuvo compuesta por tres grupos. Uno primero integrado por aquellos autores de quienes al menos existe

una obra conocida: la Anónina autora del *Discurso en loor de la poesía*, Diego de Aguilar y de Córdoba, Miguel Cavello de Balboa, Diego Dávalos y Figueroa, Diego de Hojeda, Diego Mexía de Fernangil, Pedro de Oña, Enrique Garcés y Juan de Miramontes y Zuázola. Un segundo grupo estaría compuesto por los autores de quienes se conoce al menos una composición poética: Cristóbal de Arriaga, Francisco de Figueroa, Pedro Montes de Oca, Luis Pérez Ángel, Cristóbal Pérez Rincón, Juan de Portilla y Agüero, Juan de Salcedo Villaldrando y Gaspar de Villarroel y Coruña. Y por últimos están los que son conocidos solo por referencia: Pedro de Carvajal, Antonio Falcón (sindicado por la Anónima autora como el director espiritual de la Academia), Duarte Fernández, Luis Sedeño y Juan de Gálvez (2002: 128).

La Academia fue un proyecto y no una institución, ya que no consta documentalmente que funcionara como tal, esto es, que sus miembros participaran de sesiones y lograran acuerdos colectivos. El programa de la Academia –posible de ser reconstruido a partir de las obras de los autores– fue el de llevar los *Studia humanitatis* al Nuevo Mundo. Si los humanistas intentaron reconstruir el edificio de la sabiduría antigua, que estimaban en ruinas luego de la Edad Media, la Academia Antártica se propuso trasladar el edificio de la cultura grecolatina ya actualizada por el Humanismo renacentista e implantarla en una región lejana y percibida como bárbara (2002: 128).

Entre los mediadores culturales más notables de la Academia Antártica estuvo Diego Dávalos y Figueroa. Nacido en Écija hacia 1554, se vio obligado a emigrar a América debido a ciertos incidentes amorosos, que le ocasionaron, según propias palabras, “gastos, prisión y disgustos largos”. Se embarcó en Sanlúcar de Barrameda y después de una accidentada travesía, llegó al Perú en 1573. Al año siguiente, 1574, atraído por las riquezas de Potosí, se estableció en la región de Charcas. En 1590 se hallaba avecindado en La Paz. Aun vivía en 1608, cuando la Anónima autora lo calificó de “honor de la poesía castellana” (Tauro, 1967: II, 702). Su rastro se pierde después de esta última fecha.

El 5 de setiembre de 1601, Diego Dávalos, residente en el valle de Mecapaca, otorgó poder a Diego de Aguilar y de Córdoba; a Francisco Fernández de Córdoba, su hijo; al licenciado Pedro González de la Cuentas y a Bartolomé de Acuña Olivera,

todos residentes en Lima, para gestionar ante el virrey Luis de Velasco la licencia de impresión de un “libro escrito de mano yntitulado Misçelánea austral”, así como para negociar con el impresor Antonio Ricardo “la dicha ynpresión por el precio y precios y con las condiciones que les parecierén”. En Lima, uno de los apoderados, Acuña, fue a quien le cupo cumplir con el encargo de Dávalos. Como era usual en la época, una vez que Acuña obtuvo la licencia de la autoridad virreinal, suscribió con Ricardo, el 1 de mayo de 1602, el contrato de impresión de cien ejemplares del libro a un costo de 1200 pesos (Lohmann, 1984: 80-81). Ese mismo año apareció la obra.

La *Miscelánea austral* está compuesta de 44 coloquios, en los cuales sus dos principales interlocutores Delio (el propio Dávalos y Figueroa) y Cilena (presumiblemente su esposa) tratan sobre los temas más diversos: el amor, la amistad, los celos, la naturaleza del dios Cupido, los templos de Venus, el ave Fénix, los humores y complexiones, los sueños, la lengua toscana, la astrología, las excelencias de la música y la poesía; y en la segunda parte de la obra se discute sobre la geografía, flora y fauna del Perú, las costumbres y lengua de los indios, algo sobre la vida del propio autor, y los linajes de Écija y la nobleza de España (Colombí-Monguió, 1985: 95).

El lector poco avisado podrá quedar sorprendido por la variedad y cantidad de fuentes literarias citadas por Dávalos y Figueroa. Sin embargo, Alicia Colombí-Monguió se ha encargado de demostrar que se trata de una erudición, muy al estilo de algunos autores de la época, de segunda mano. Una de las obras más recurridas por Dávalos fue el *Libro de natura d'Amore*, de Mario Equícola. Amigo de Bembo, Sannazaro, Giovio, Trissino, Bandello, Bibbiena, Ariosto y Castiglione, Equícola había sido preceptor y secretario de Isabel de Este, la gran Marquesa de Mantua, a quien dedicó su obra principal, el enciclopédico tratado sobre el amor que había escrito hacia 1495-1496 y publicado en 1525. Dávalos consultó una de las varias ediciones de Equícola “y a tal punto hubo de agradecerle que no es exagerar el decir que gran parte de la *Miscelánea* no solo depende de ella, sino que es una taracea de traducciones literales” de aquella obra (1985: 101-102).

Otra obra profusamente empleada por Dávalos y Figueroa fue el *Specchio di scienze et compendio delle cose*, de Horacio Rinaldi. Se trata de un repertorio de

definiciones sobre los afectos, las virtudes, los vicios, las artes y otros tópicos, con abundancia de citas anotadas unas tras otras, sin comentario alguno del autor, y entre las cuales se intercala algún poema. Dávalos, anota Colombi-Monguió, acude a Rinaldi de continuo, pero nunca como fuente única de un coloquio. En todos los casos la traducción es textual y selectiva, recombinando muy a menudo la lista de definiciones que da Rinaldi, alterando el orden, tomando algunas y dejando de lado otras (1985: 108).

También tuvo entre manos Dávalos el libro de Jerónimo Ruscelli, *Le imprese illustri con espositioni et discorsi*. Es una obra ilustrada con escudos de armas, motes, lemas y empresas de personalidades célebres. Las empresas y símbolos son explicados en detalle, con abundancia de interpretaciones y citas de autores muy diversos. La obra contiene, asimismo, diversos poemas que Dávalos y Figueroa empleó de manera muy hábil (1985: 112). La poética de Dávalos está influida por tres autores: Petrarca, Serafino Aquilano y Garcilaso. En suma, la obra de Dávalos se nutre, lo menos en más de veintisiete coloquios, en subtextos italianos (1985: 113).

Asimismo, es probable que Dávalos leyera otros autores, pero no siempre es fácil identificarlos, y más aun, como ya se ha hecho notar, si los leyó de primera o segunda mano. En cualquier caso, nuestro personaje era un hombre de libros: alguien consciente de la importancia de la imprenta para darse a conocer, esto es un productor de libros, como también un consumidor de ellos. El hecho de que Dávalos habitara La Paz no le impidió acceder al mercado de libros, toda vez que en esa ciudad existía una discreta vida académica que giraba en torno a los colegios regentados por las órdenes religiosas. Que Dávalos no era ajeno a las novedades bibliográficas de su tiempo lo muestra, por ejemplo, el hecho que la edición de Rinaldi que consultó fue la impresa en Venecia en 1583.

Durante los siglos XVI y XVII los libros viajaron largas distancias, desde los grandes centros editoriales de Francia, Italia, Portugal y España a Lima, y desde Lima a los principales centros poblados en el extenso virreinato peruano. El libro que Valverde tuvo entre manos la trágica tarde de noviembre de 1532 hizo también una larga travesía no exenta de mil peligros, para finalmente perderse en las tierras recién descubiertas. Los libros fueron instrumentales en la conquista y la

colonización europea, como también en el traslado de los estudios humanísticos a los Andes. En una historia del libro y la lectura en el Perú colonial importa tanto conocer qué libros se leían y quienes los leían, como también las formas en que leídos. Diego Dávalos y Figueroa es un buen ejemplo de alguien, cuyo uso de los libros lo convirtió en transmisor de la cultura europea y un singular miembro de la República de las letras coloniales, digno de ser estudiado.

Bibliografía

- Colombí-Monguió, Alicia (1985). *Petrarquismo peruano: Diego Dávalos y Figueroa y la poesía de La Miscelánea Austral*. Londres: Tamesis Books Limited.
- Cuya, Alejandra. 2018. "El establecimiento formal del negocio de venta de libros en el Perú: los casos de Juan Jiménez del Río, Pedro Durango de Espinosa y Andrés de Hornillos (1580-1620)". *Histórica* XLII/1, pp. 7-57.
- Eguiguren, Luis Antonio (1939). *Alma Mater. Orígenes de la Universidad de San Marcos (1551-1579)*. Lima: Torres Aguirre.
- Gruzinski, Serge (2005). "Passeurs y élites católicas en las Cuatro Partes del Mundo. Los inicios ibéricos de la mundialización (1580-1640)". *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo ibérico, siglos XVI-XIX*. Scarlett O'Phelan Godoy y Carmen Salazar Soler eds. Lima: Instituto Riva-Agüero e Instituto Francés de Estudios Andinos, pp. 13-29.
- Guibovich, Pedro (1984-1985). "Libros para ser vendidos en el virreinato del Perú a fines del siglo XVI". *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 13, pp. 85-114.
- Guibovich, Pedro (2010a). "Los caminos del Quijote: comercio y circulación de la literatura del Siglo de Oro en el virreinato del Perú". *Lexis*, 34/1, pp. 147-159.
- Guibovich, Pedro (2010b). "Los libros de los doctrineros en el virreinato del Perú, siglos XVI-XVII". *Esplendores y miserias de la evangelización en América. Antecedentes europeos y alteridad indígena*. Wulf Osterreich y Roland Schmidt-Reise comps. Berlín: De Greuter, pp. 97-132.
- Leonard, Irving (1979). *Los libros del conquistador*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lohmann, Guillermo (1984). "Más documentos para la historia de la imprenta en Lima". *Revista del Archivo General de la Nación* 6, pp. 101-143.
- Pérez Puente, Leticia (2017). *Los cimientos de la Iglesia en la América española. Los seminarios conciliares, siglo XVI*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pizarro, Pedro (1978). *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rey Fajardo, José del (1979). *La pedagogía jesuita en la Venezuela colonial*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Rose, Sonia (2002). "Hacia un estudio de las elites letradas en el Perú virreinal: el caso de la Academia Antártica". *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*. Jesús Bustamante y Mónica Quijada eds. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 119-129.
- Tauro, Alberto (1987). *Enciclopedia Ilustrada del Perú. Tomo II CALL-FUT*. Lima: PEISA.